
IDEAS GENERALES ACERCA DE LA ELOCUCION.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

EXISTE en el fondo de nuestro ser, algo indefinible que alienta nuestra vida, algo que nos impulsa con frecuencia á regiones desconocidas, algo que nos dice:

¡Eres inmortal, eres más grande que las flores, que las estrellas, que el Universo mismo que admiras!..... Porque en ninguno de estos seres existe esa doble naturaleza física y moral; en ninguno de esos seres encontramos esa alma, ese poder impalpable que agita nuestro ser, que se eleva y resplandece independientemente del tiempo y del espacio, extasiándose en los vastísimos horizontes de lo infinito!.....

¿Y quién cuando así piensa y siente, no ha deseado tender el vuelo y ascender á esos lugares desconocidos donde se adivina lo bello y lo ideal?.....

¿Quién no ha deseado rasgar ese velo que en misteriosos ensueños nos presenta el porvenir sonriente que nos llama sin cesar?

¿Quién en fin, no anhela interpretar esos misterios, que cual fugitivas imágenes nos hacen vislumbrar un oasis de verdadera dicha?

Existe en nosotros una inteligencia que, cual vivísima luz, guía los actos más oscuros de nuestra vida.

Poseemos también un tesoro, aún más valioso que el primero tal vez, que conmueve todo nuestro ser, porque es el destello divino que nos llama siempre á la soñada felicidad; tal es el sentimiento: factores poderosos que guiando la voluntad determinan nuestra conducta.

Hé aquí las más interesantes manifestaciones de nuestro espíritu.

Quisiera que mis pobres facultades correspondieran á mis deseos, para que el desarrollo de mi tema pudiera satisfaceros. Pero es imposible. ¿Qué podría decir de un asunto tan elevado, que pudiera interesar vuestra atención?

¿Cómo pudiera un ciego disertar sobre la luz, si no ha tenido la dicha de conocerla?

Para iniciar á tan inteligente auditorio en los misterios de la elocuencia, necesitaría poseer yo misma en alto grado esta facultad, de la que por desgracia carezco.

Esta consideración debería retraerme de mi empeño, si no me alentaran el deber y la confianza que siempre inspiran la indulgencia del verdadero sabio.

Así, yo os ruego que me permitáis expresar las pobres y desaliñadas ideas que mi torpe inteligencia ha podido concebir, al comenzar á estudiar el bello, cuanto difícil arte de la Literatura.

Voy á tratar de una de las cuestiones en que más puede ostentarse la poderosa influencia del arte literario.

Voy á hablar de la elocuencia, grandiosa facultad con que la naturaleza ha dotado á hombres privilegiados, á verdaderos genios que admiran y seducen, haciéndonos sentir y remontarnos al mundo espiritual, donde el alma se extasía con los sublimes sentimientos de justicia, gloria, patriotismo y religión.

La palabra elocuencia viene de un verbo latino *locuor* que significa hablar. La elocuencia es, pues, el uso feliz y adecuado que se hace de la palabra. En este concepto equivale á la

palabra retórica, pues esta voz viene del griego y significa hablar con arte, es decir, de la manera más acomodada al fin que nos proponemos.

Así, pues, la elocuencia en su acepción más lata, podemos considerarla en todos los géneros literarios, sea cual fuere el objeto del autor, ya se ocupe de la demostración de la verdad, ya se proponga agradar ó persuadir.

Pero lo que más hace valer al hombre es la conducta, y en ningún caso puede tener tanto valor el acertado uso de la palabra como cuando se trata de persuadir.

En este caso es cuando la elocuencia ostenta todo su poder. Cuando elevándose un hombre por la claridad de su inteligencia, la vehemencia de sus sentimientos y avasalladora fuerza de su palabra, imprime su voluntad á un pueblo, entusiasmando, subyugándolo y arrastrándolo como en impetuoso torrente á un fin determinado, entonces la elocuencia se nos presenta en todo su brillo y esplendor.

De este fin superior que busca la palabra humana, mover la voluntad, nace el verdadero concepto de la Oratoria. La Oratoria es, pues, el arte por medio del cual la elocuencia natural se transforma en elocuencia artística.

La Oratoria es un género literario en el que se comprenden todas las composiciones pronunciadas de viva voz y cuyo objeto es convencer, impresionar y persuadir á un auditorio con el fin último de contribuir á su mayor perfección. Así podemos asegurar que toda Oratoria es elocuencia; más no toda elocuencia es Oratoria. Pues como hemos dicho, la elocuencia es la propiedad que enaltece todos los géneros, así el oratorio, como el poético, y el didáctico. Es la capacidad natural que poseen algunos hombres, para realizar fácil y acertadamente el fin que se proponen. Porque esta interesantísima facultad es un don precioso, don del cielo que deifica al hombre que la posee; que transforma la palabra en clarísima luz, iluminando y presentando á nuestra mente, con los más vivos colores de la fantasía, las ideas y sentimientos que enardecen nuestra al-

ma. ¡Es un fuego eléctrico cuyo calor enciende los afectos más dulces ó vehementes que atesora el corazón!

La elocuencia es hija del talento y de la sensibilidad. La íntima convicción de nuestras creencias, el entusiasmo por la verdad y la justicia, la exaltación de las pasiones generosas, la provocan y desenvuelven. El primer hombre que dominó á sus semejantes por la fuerza de su voz y la expresión de su semblante, fué elocuente. Pero la elocuencia no se limita sólo á la palabra, pues sabido es que la facultad de sentir, excede en mucho á la de hablar; así sucede que cuando una conmoción profunda agita nuestra alma, la lengua se turba sin encontrar voces bastante enérgicas para expresar exactamente nuestros afectos. Entonces el rostro se demuda, los labios se contraen ó se entreabren, las cejas se fruncen ó arquean, y todas y cada una de las facciones y movimientos, hablan á la imaginación, al corazón y á los sentidos.

¿Habrà quien niegue la seductora influencia de la mirada, fiel intérprete del alma, en los raptos de sensibilidad, de entusiasmo ó de ira?

Los ojos, tan pronto lánguidos y amorosos, vencen la esquividad, embargando dulcemente nuestras potencias; tan pronto fieros y amenazadores, nos fascinan, intimidan y anonadan; ó ya bañados en lágrimas de dolor, inspiran la compasión más tierna; ya en fin, llenos de majestad soberana, imponen respeto mandando y subyugando las voluntades.

Por esta razón decimos, que además de la palabra, son elocuentes el gesto, el semblante, la mirada, los gritos, las lágrimas, los suspiros y aun el silencio mismo; cuando todos estos signos constituyen un lenguaje más vivo y enérgico que la misma palabra; porque difunden con mayor claridad y rapidez todos los fenómenos de la sensibilidad exaltada.

Así como también encontramos elocuencia en las obras de arte, como en la Pintura, la Escultura, la Música, y sobre todo en la Poesía, á la que da vida y hermosura.

Si la elocuencia es el idioma universal, que presenta en to-

das sus fases el espíritu del hombre, como vemos, fácil es conocer que al desorrollarse, constituye un arte interesantísimo, puesto que él nos enseña á guiar el espíritu, tanto en las investigaciones y enseñanza científicas, como en las sublimes representaciones de la belleza, del bien y del progreso universal.

Porque ni las verdades científicas, ni las concepciones artísticas y morales, podrían transmitirse con la lucidez y provechosa utilidad apetecibles, sin la posesión y conocimiento del arte de la elocuencia.

Siendo la elocuencia una facultad natural, no puede decirse que nació en tal ó cual época, ni en país determinado, porque en todos los siglos y países siempre ha habido hombres de inteligencias superiores, sentimientos apasionados y palabra fácil. Siempre y en todos los tiempos existen seres verdaderamente grandes que constituyéndose intérpretes de su pueblo y de su época, nos presentan rasgos de verdadera elocuencia. Pero ésta se manifiesta sólo en circunstancias excepcionales: en medio de la pelea, de las conmociones populares, de las asambleas turbulentas, donde quiera que se irrite el ánimo y con furioso ímpetu se desborden las pasiones, de los labios más rudos brotan expresiones elocuentísimas, dignas de transmitirse á la posteridad.

Mas para combatir frente á frente las preocupaciones profundamente arraigadas, para triunfar de la inconstancia ó para anonadar la osadía de un pueblo, ó bien para difundir los levantados sentimientos del patriotismo, de la justicia ó la religión, haciendo resonar, aun en las almas pervertidas por el vicio, la imperiosa voz del deber, no basta el don de la naturaleza, es necesario el trabajo, el estudio, el conocimiento del hombre en general y del auditorio en particular. En una palabra, es necesario el arte para saber disponer el plan de ataque, transformando la elocuencia en arma poderosa para alcanzar los resultados apetecidos.

Porque el arte siempre ayuda y perfecciona la naturaleza.

Diré dos palabras acerca de la formación y desarrollo de es-

te interesantísimo arte, que más que ningún otro, ha influido tanto en los destinos de la humanidad, pues que puede decirse que es como la palanca que ha movido el mundo.

La vida nómada y errante de las primitivas sociedades, con su falta de civilización y cultura, no podría engendrar un arte, que supone un adelanto intelectual. En las primeras sociedades, constituídas por gobiernos despóticos, en que la voluntad del soberano era la ley inquebrantable que debía regir al pueblo, no debemos buscar tampoco el desarrollo del arte de la elocuencia; pues que ésta, como todo producto de la naturaleza, necesita encontrarse en condiciones favorables para su desenvolvimiento y perfección; así es que debemos fijarnos en aquellos países en que ya por su organización política, libertad de pensamiento, patriotismo y adelanto intelectual, presentan espacioso campo al progreso y desarrollo de la ciencia y el arte, fielmente representados por la elocuencia.

En ninguno de los antiguos pueblos podremos encontrar todos estos interesantes elementos como en Grecia, en esa nación privilegiada que ha sido designada como la cuna de las bellas artes. Allí encontraremos sin duda la transformación de la elocuencia natural en elocuencia artística ó sea el nacimiento de la Oratoria.

Los griegos, dotados de un gran sentimiento patriótico y colocados además, en condiciones favorables por la libertad política de que disfrutaban, y habiendo adelantado bastante en los estudios del pensamiento, que tanto contribuyen al acertado uso de la palabra, fácilmente comprendieron el valor que á todo raciocinio añade este feliz uso, ó sea la elocuencia.

Así es, que tan pronto como se constituyeron en Repúblicas los Estados griegos, y teniendo todo ciudadano derecho para exponer en las asambleas su opinión acerca de los negocios políticos, bien pronto procuraron presentar sus razonamientos ordenadamente, aprovechándose á la vez de las leyes que por su natural observación, pudieron hacer respecto de la elocuencia natural. Entonces se comenzó á formar el estudio de la Re-

tórica, fundándose en las leyes del espíritu y del lenguaje mismo. Entonces los griegos se dedicaban con entusiasmo al ejercicio de la palabra y pronto aparecen inteligentes ciudadanos, que aprovechándose de su talento y elocuencia, dominaban á la multitud con la fuerza y la energía de su ánimo y de sus sentimientos. De todas las Repúblicas de Grecia, Atenas fué la que más se distinguió por sus oradores.

Pues en el siglo quinto, antes de Jesucristo, aparece Pericles, hombre de grandes sentimientos patrióticos y brillantes prendas, que fué uno de los que más se distinguió como orador. Y era tan vigorosa la fuerza de su palabra, que sus conciudadanos decían, que cuando hablaba lanzaba rayos como Júpiter.

Después de Pericles hubo otros oradores notables, pero muchos de ellos, atribuyendo el poder de la Oratoria, más que á la inteligencia y disposiciones naturales, al estudio y á las reglas retóricas, llegaron á confundir la verdadera solidez de la elocuencia con las cavilaciones y sofismas.

Sócrates, uno de los más notables filósofos que registra la historia, fué el primer impugnador de los sofistas, haciéndoles comprender las verdaderas bases en que debe fundarse la convicción y que no pueden ser otras que la verdad y el bien,

En el siglo cuarto, antes de Jesucristo, la Oratoria llegó á su mayor altura en Grecia, distinguiéndose, entre otros muchos, como oradores; Démades, Fosión, Esquines, y sobre todo, Iseo é Isócrates, muy notables por sus composiciones, y más aún por haber sido maestros del gran Demóstenes, uno de los más notables oradores del mundo, pues dotado de las más elevadas facultades y habiéndose dedicado al estudio con un empeño digno de su grandeza, Demóstenes consiguió llegar á la cumbre más alta de la elocuencia y de la gloria artísticas.

Si el arte fuera capaz de vencer á la naturaleza, diríamos que en Demóstenes se había obrado este prodigio. Tan grandes fueron los esfuerzos que hizo para llegar á vencer sus defectos físicos y adquirir el triunfo más completo, llegando á ser el rey de la elocuencia, el orador más grande de cuantos le

precedieron y de cuantos después le siguieron. Pues así podíamos decir, que la elocuencia griega, murió con este gran genio.

En Grecia primero y en Roma después, los intereses del pueblo y las cuestiones políticas, fueron los móviles impulsivos de la elocuencia.

En Roma las Asambleas populares y el Senado presentan un anchuroso campo á la elocuencia, si bien durante algunos siglos los romanos, soñando únicamente con el imperio universal, no parecen haberse dedicado á este arte, pues sus arengas no eran más que la expresión natural y ruda de los sentimientos de aquellos enérgicos romanos. Pero al ensanchar su dominio por las conquistas, ninguna fué tan valiosa como la de Grecia. Esta adquisición colocó á Roma en el primer rango de cuantos imperios han existido, pues á ella debió su desarrollo intelectual y artístico.

Así es, que después de la conquista de Grecia, aparece la elocuencia romana perfeccionada ya por el estudio y la meditación; porque los romanos hicieron maravillosos progresos en las artes y las ciencias, tomando por sus modelos á los griegos.

Entre todos los oradores notables se distinguieron Escipión, Emiliano, Craso, Marco Antonio, Hortensio, y sobre todo, el inmortal Cicerón, á quien podemos considerar representante de la elocuencia romana, como Demóstenes lo había sido de la griega.

Cicerón aparece en el último siglo antes de Jesucristo, y puede decirse que con él acabó la elocuencia romana, ya por los vicios que en ella introdujeron los gramáticos y declamadores, como por la implantación del Imperio, durante el cual se coartó la libertad del pensamiento y toda clase de cultivo intelectual, por el tiránico dominio de los emperadores.

En el siglo quinto de Jesucristo, en que fué destruido el Imperio Romano por los bárbaros, en las turbulentas invasiones, conquistas y formas de gobierno, no podemos encontrar tampoco la elocuencia, que sólo puede cultivarse bajo el bienhechor influjo de la paz.

Sin embargo, en medio de aquel aturdimiento social, al caer el Imperio latino, sepultando en sus escombros la sociedad pagana, aparece una nueva elocuencia que nació en Judea á la sombra de la Cruz simbólica, desde donde con el rayo de divina y esplendorosa luz se iluminó el mundo!

Entonces digo, surgió una nueva elocuencia, la más poética é interesante de cuantas puede haber, hija de un nuevo culto; de la religión más sublime y consoladora, que después de haber pasado por la prueba del martirio, acaba por ocupar el trono de los Césares!

Si esta elocuencia, cuyo primer campeón aparece en el siglo de Augusto, siglo de paz y de redención, merece ocupar un lugar muy interesante en la historia de la humanidad. Porque es no sólo la fiel intérprete de la armonía viva del espíritu divino, sino que es también la preciosa fuente donde podemos encontrar siempre la satisfacción de los sentimientos más puros, más nobles y grandes, que en el fondo de nuestro corazón existen.

Ninguna filosofía, ninguna ciencia, ningún sentimiento puro y noble, podrá negar esa sublimidad, esa soberana grandeza, esa excelencia divina, ese raudal fecundísimo de luz infinita que la religión del Cristo nos presenta!

Religión sublime, cuya verdad revelada desde el ignominioso patíbulo, pudo por la elocuencia de la palabra y el ejemplo, regenerar al mundo y permanecer fija é inmutable en el centro de la civilización, como el eterno sol de la naturaleza y del espíritu.

Sólo la grandeza, la sublime elevación del sentimiento que engendra esta elocuencia, puede presentar en medio de las ruinas y decaimiento intelectual, aquellos inspirados genios que como San Pablo, San Agustín, Tertuliano y otros, nos hacen recordar todo el poder de la elocuencia de los griegos y romanos.

Así como en los últimos siglos de nuestra era nos admira la sublime elocuencia de Bossuet, Flechier, Massillon, Fenelón y